

TRIBUNA CULTURAL Tomando como ejemplo dos conciertos ofrecidos en el mes de agosto en Fitero, el autor reflexiona sobre la importancia de la verdadera cultura, que no debe confundirse con el ocio, ni con el mero divertimento



Concierto del Coro Santa María la Real de Fitero en su XXV Aniversario, 25 de agosto de 2017.

LATORRE

Reflexiones en torno a un agosto musical en Fitero

Ricardo Fernández Gracia

MARC Fumaroli, en su magnífico libro *Viaje al mundo de las artes y las imágenes*, escribe sobre el papel fundamental del *otium* clásico, denominado *otium cum dignitate*, como liberador de las energías del corazón, recordando cómo las artes liberales y visuales contribuyeron al deleite, al descanso y a la vuelta del alma a sí, con la necesaria quietud contemplativa. En las actividades literarias, musicales y artísticas adquiría su pleno sentido la expresión ciceroniana *cultura animi*, o “cultura del alma”, atrofiada en nuestros días en simplemente “cultura”. El deseo de saber y ser feliz junto a las artes sería glosado, siglos más tarde, por humanistas que escribieron sobre el hombre discreto.

Dos conciertos realizados en Fitero, en su iglesia el día 19 y en el refectorio monástico el día 25, han constituido sendas experiencias en torno a la música, de la que afirma Platón que “eleva a las almas a lo bueno, lo justo y lo bello” y Cervantes que “compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu”. Ambos han sido diferentes por su carácter y veteranía, aunque con el denominador común del trabajo, constancia e ilusión, haciendo presente la máxima aristotélica de que “Lo que con mucho trabajo se adquiere, más se ama”.

Música para el alma

Organizado por los Amigos del Monasterio, la víspera de San Bernardo a las diez de la noche, en una particular síntesis de los ricos contenidos de las imágenes y la música, se fundieron al relacionar melodías y letras con figuraciones escultóricas, pictóricas y bordadas. Bajo la luz titilante de grandes hachones y en una nave central del templo repleta, un conjunto de voces graves de la localidad, reforzado por miembros del coro ribero *Gaudium Nostrum*, junto al órgano y un grupo de instrumentos de viento interpretaron distintas melodías,

algunas de las cuales se han escuchado secularmente en el recinto monacal.

Para completar los cantos gregorianos, Pablo Fernández Echeverría interpretó algunos versos de órgano en aras a poner en diálogo las melodías, con los sonidos del rey de los instrumentos, cumpliendo así una de las cuatro funciones del mismo: acompañar al canto, interpretar como solista, dialogar con los cantores y actuar como concertante con instrumentos de viento y cuerda.

Las partes cantadas del Oficio del Corpus, compuesto por Santo Tomás al poco de concluirse las obras del templo, tuvieron el complemento visual en el sobresaliente repostero eucarístico, bordado en la segunda mitad del siglo XVIII, que aún mantiene el esplendor de una verdadera obra de pintura de aguja. Las antífonas marianas fueron ilustradas con los relieves romanistas de la Asunción y Coronación de la Virgen del retablo mayor, obras romanistas de Antón de Zárraga. Un foco de luz, manejado con precisión por Tomás Sanz, fue iluminando puntualmente las obras mencionadas para que los asistentes las relacionasen con la música y/o la letra de las partituras.

Para la Navidad se eligieron varias piezas. En primer lugar un *Ave María* pastorela propia de la localidad, obra anónima de fines del siglo XVIII, interpretada por instrumentos de viento bajo la dirección de Ovidio Gómez. Este mismo músico arregló el *Villancico Gallego de los Mañanitas de la Navidad* de Juan Gutiérrez de Padilla, maestro de capilla de la catedral de Puebla de los Ángeles en época de Palafox, cuyo retrato, obra de Jesús Latorre, se pudo contemplar mientras sonaba la melodía. La tercera partitura interpretada por el grupo de viento fue el *Himno a la Presentación de la Virgen*, obra de Lorenzo Luis (1918), que tuvo su paralelismo visual en el paso de la Niña María de las Hermanas de Santa Ana, que desfiló tantos años por las calles de la localidad el 21 de noviembre.

Un par de obras para órgano completaron la velada dominada por el silencio y la luz de la cera que, como recordaban los clásicos, elevan el espíritu (*Silentio et tene-*

bris animo alitur). La audición colaboró al conocimiento de una de las realidades más ricas de la fe, constituida por una auténtica música sagrada, capaz de conmover y sobrecoger hasta lo más profundo.

En el XXV aniversario del Coro Santa María la Real

Los aniversarios suelen dar ocasión a hacer balances y valorar periodos transcurridos. En 1992, el año de la Expo de Sevilla y las Olimpiadas de Barcelona, nació un pequeño proyecto musical en Fitero con unos niños, de la mano de Elvira Guarás, profesora del Conservatorio de Logroño. Al poco tiempo esa semilla fructificó copiosamente y una gran masa coral con una potente escolanía fue una feliz realidad. Los años transcurridos entre 1997 y 2002 fueron de grandes esfuerzos y notables actuaciones, algunas televisadas en España y México, en el contexto de las grandes conmemoraciones del 750 Aniversario de la consagración de la iglesia abacial de Fitero (1997) o el IV Centenario del nacimiento de don Juan de Palafox (1999-2000). Los últimos años, sin apenas niños, el coro ha actuado dentro y fuera de la localidad, en algunas catedrales españolas y para instituciones como el Gobierno de Navarra o la Universidad de La Rioja, siempre con el poso de la veteranía y la experiencia, en lo que podíamos denominar de un glorioso atardecer. Durante el concierto festivo del XXV aniversario interpretaron música de autores clásicos como Verdi y Offenbach, zarzuela y melodías populares, cosechando encendidos aplausos del numeroso público asistente.

Desde estas líneas me gustaría dejar constancia de lo que una persona que ama y vive su profesión es capaz de hacer de modo altruista, en este caso, en pro de la

“La verdadera cultura es la que hace crecer a los hombres, también en su dimensión trascendente”

cultura musical de su localidad. Niños y mayores, hasta el número de 213 —112 niños—, han desfilado por el coro Santa María la Real, cooperando en su crecimiento personal y, por supuesto, musical. La agrupación ha venido participando en las celebraciones litúrgicas parroquiales, ha colaborado puntualmente con la Banda de Música y ha colaborado asiduamente con la Asociación de Amigos del Monasterio de Fitero en los Conciertos de Navidad y las Vísperas del día de la Asunción.

De todos sus miembros ha sido el mérito adquirido en estos veinticinco años, absolutamente de todos, los que han estado y los que han tenido que dejarlo por diversos motivos, pero especialmente de su directora, Elvira Guarás, que se ha empeñado y sacrificado por llevar adelante un proyecto que ha dignificado a su pueblo y ha educado en todos los sentidos, a cuantos cantan y escuchan. La Asociación de Amigos del Monasterio y el Ayuntamiento le entregaron sendos galardones en 1993 y 1995, respectivamente.

El tiempo pasa rápido, pero bien merece la pena valorar y agradecer cuanto se ha hecho con toda dignidad y esmero. La elegancia de sus voces, cuidadosamente armonizadas han sido un complemento junto con la belleza del monasterio, de su iglesia, de sus claustros o su sacristía.

A modo de conclusión y recordando al Padre Gracián

Hoy, cuando a veces se confunde el ocio con la verdadera cultura, que es la que hace crecer a los hombres, también en su dimensión trascendente, nos viene a la mente lo que Vargas Llosa ha escrito, en su libro *La civilización del espectáculo*, acerca de la banalización de las artes y la literatura, el triunfo del periodismo amarillista y la frivolidad de la política, como síntomas de un mal mayor que aqueja a nuestra sociedad: la idea temeraria de convertir en bien supremo nuestra natural propensión a divertirnos.

Estos conciertos y otras actividades culturales constituyen un buen motivo para reflexionar junto a nuestro patrimonio material e inmaterial, considerándolo como un recurso vivo que hay mimar y sacar a la luz para compensar la anemia del ambiente que nos rodea en aras a reencontrarnos con los vínculos de la Antigüedad greco-latina y en general del pasado de Europa. Es necesario pensar en educar y educarnos en los valores de aquellos que superaron sus contextos, en el despertar de la imaginación, la sensibilidad, el gusto y el sentido de las formas del lenguaje, en sintonía con la tradición civilizadora europea, y al menos, con todo ello, poner algo de freno al consumismo inmoderado, al mercado que todo lo gobierna y al individualismo, que se convierte en egoísmo codicioso.

Entre los muchos autores que superaron su contexto y su mensaje es leído hoy incluso por políticos y grandes empresarios, destaca el aragonés y jesuita Baltasar Gracián. Uno de los aforismos de su *Arte de la Prudencia*, lo dedica a “Cultura y aliño”, viene muy bien a estas reflexiones en su glosa: “El hombre nace bárbaro, debe cultivarse para vencer a la bestia. La cultura nos hace personas, y más cuanto mayor es la cultura. Gracias a ella Grecia pudo llamar bárbaro al resto del mundo. La ignorancia es muy tosca. Nada cultiva más que el saber. Pero incluso la cultura es grosera sin refinamiento. No sólo debe ser refinada la inteligencia, sino también la voluntad, y más aún la conversación. Hay hombres refinados por naturaleza, por dentro y por fuera, en ideas y en palabras, en las gracias físicas (que son como la corteza) y las cualidades espirituales (que son el fruto). Por el contrario, hay otros tan groseros que todas sus cosas, y a veces sus buenas cualidades, las deslucieron con una intolerable y falta de refinamiento”.

Ricardo Fernández Gracia, académico correspondiente Real Academia de la Historia